

Morelos, reunió allí una junta de guerra, y con acuerdo de ella, disolvió la fuerza el día 12 de Enero y se vino solo á Monterey. Desde esta fecha lo consideró despues la junta gobernadora pasado á las banderas americanas.

El 17 del mismo mes llegó el brigadier Carrasco á Monterey acompañado del coronel D. Ignacio Camargo y de otros jefes. El pueblo se declaró por la insurrección y el gobernador Santa María se dejó coger prisionero, por salvar las apariencias; fué llevado al Saltillo, allí tambien él se adhirió al partido independiente y fué nombrado Mariscal.

La buena fé de Santa María no puede ponerse en duda, porque pudiendo huir con toda seguridad, no lo hizo, y porque vino del Pilon ya decidido á pronunciarse sin apremio de ningun género.

Carrasco se casó aquí á pocos dias de su venida con la señora D^a Manuela Ugartechea, sobrina del Dr. Mier, y de este matrimonio procedió el coronel de ingenieros D. José María Carrasco, bien conocido en esta Ciudad, y que murió hace pocos años en Sonora.

Muy á fines de Enero vino Jimenez á Monterey, donde fué recibido con grandísimas demostraciones de júbilo. Los ancianos aun conservan la memoria de aquella gloriosa época, y para decir "*El año de 1811,*" mas bien dicen: *El año que vino su Excelencia.*" La

benignidad de este buen mexicano se retrata en todas sus providencias: mandó luego que vino, recoger las armas que fuera posible, para armar su ejército, pero exceptuando las de los habitantes de los pueblos que estuvieran expuestos á las incursiones de los bárbaros: sabiendo que D. Ramon Gonzalez Hermosillo tenia preso en Lináres al español D. Francisco María Torrea, le mandó que inmediatamente se lo remitiera sin causarle vejacion alguna: á pesar de que en estas provincias fueron poquísimas las confiscaciones, Jimenez para evitar abusos estableció un juzgado especial para estos negocios y nombró juez privativo de confiscaciones á su auditor de guerra el Lic. D. José María Letona.

Para socorrer su ejército sacó de los fondos de la Catedral una fuerte suma de dinero, tomó una parte para los soldados que traía, y lo demás lo dejó en poder de D. Matías de Sada, á quien nombró tesorero. Despues de esto se volvió al Saltillo llevándose consigo á D. Manuel Santa María, y dejando aquí de gobernador á D. Santiago Villareal.

Todos saben cómo despues de la desgraciada batalla de Calderon, Hidalgo, Allende y otros jefes se dirigieron al Saltillo, y cómo en el Pabellon fué nombrado generalísimo el benemérito Allende. Sabedor éste de las muy justas disposiciones de Jimenez, fueron tan de su agrado, que dió especial comision al capi-

tan Villaseñor, para que girando por todas las cuatro provincias hiciera respetar los indultos concedidos por su teniente general, sin permitir que se molestara en manera alguna á los indultados. Con fecha 13 de Febrero de 1811 dirigió el generalísimo desde Charcas una orden al capitán D. Rafael Gonzalez Hermosillo, comandante de Lináres, para que hiciera que todos los esclavos que hubiera en las provincias internas de Oriente, quedaran libres, como estaba mandado por decreto expedido en Guadalajara por el Sr. Hidalgo con fecha 6 de Diciembre de 1810. Los esclavos fueron manumitidos, y aunque despues se restableció el gobierno colonial, no volvieron á la esclavitud, sino que fueron ya definitivamente libres.

El 24 de Febrero el generalísimo Allende entró al Saltillo en medio de tumultuosas aclamaciones, y el benemerito Hidalgo llegó algunos dias despues. Jimenez, con toda la oficialidad y todas las autoridades salió á recibirlos. Tan contentos estaban los héroes de la conducta de Jimenez, como de la conquista pacífica de las cuatro provincias. Confirieron á Santa María el grado de mariscal y á Ramon el de brigadier.

En estas circunstancias, creyendo el malvado Elizondo que los servicios que él habia prestado á la causa de la independencía eran iguales á los de Jimenez, se presentó al gene-

ralísimo pidiendo que se le diera el título de teniente general. Recibió por contestacion, que cuando sus servicios lo hicieran merecedor de esta honra, se le daria. Muy disgustado por esto, se retiró Elizondo, pretextando negocios, á su tierra el Valle de Pesquería Grande. Toda una noche pasó en su casa en secretas conversaciones con el obispo Marin, y al amanecer, Elizondo se fué para Monclova, y el obispo se volvió á un rancho del cañon de Salinas, de donde habia venido.

Hidalgo y Allende dispusieron marcharse por Rio-grande y Béjar á los Estados-Unidos. Reunieron todas las tropas de que podian disponer y formaron un grueso cuerpo de ejército, que pusieron al mando del Lic. D. Ignacio Rayon para que volviera á expedicionar por el centro, como en efecto volvió con direccion á Zacatecas.

Salieron del Saltillo los beneméritos caudillos Hidalgo y Allende, acompañados de Aldama, Jimenez, Abasolo, Santa María, Ramon y otros varios jefes, el dia 16 de Marzo, escoltados por un pequeño número de soldados, y vinieron á pernoctar á la hacienda de Santa María. En esta hacienda se les presentó D. Bernardo Gutierrez de Lara ofreciéndoles sus servicios, le dieron el despacho de teniente coronel y comision de ir á los Estados-Unidos á solicitar recursos para continuar la guerra.

El 17 del mismo mes salieron de Monterey Carrasco y Camargo para ir á reunirse con su generalísimo á la hacienda de Anaelo, dando órden al tesorero Sada de remitir los caudales que tenia en su poder á la villa de Monclova. Reunidos todos en Anaelo tomaron, por su desgracia, el fatal camino de Bajan. Para dar una idea de cómo se tramó la negra traicion que hizo caer prisioneros tantos héroes, es preciso volver un poco atras para tomar el hilo de tan horrible suceso.

Cuando el capitan D. Juan Bautista Casas se pronunció en Béjar tomó prisioneros á los españoles D. Manuel Salcedo, gobernador de Tejas y D. Simon Herrera y Leyva, que lo habia sido del nuevo reino de Leon, y que se hallaba allí mandando un cuerpo de tropas. Remitió Casas estos prisioneros bien custodiados y engrillados á Monclova, donde se hallaba de gobernador D. Pedro Aranda. Este señor era de muy buen corazon y sabia cuanto se pagaba Jimenez de una accion generosa: así fué que tan luego como recibió los prisioneros, les mandó quitar los grillos, los trató lo mejor que pudo, y bajo su palabra los dejó sin custodia, dándoles la ciudad por cárcel. Algun mal demonio tal vez, reunió en Monclova á estos dos españoles, al traidor Elizondo, á D. Ramon Diaz Bustamante, alias el capitan Colorado, y á D. Bernardo Villamil. Estos cinco, siendo el principal instiga-

dor D. Simon Herrera, se confabularon para tramar el inicuo plan de una contrarrevolucion que diera por resultado el restablecimiento del gobierno español y la prision de los jefes de la insurreccion. Reunido aquel concilio de caníbales, acordó los términos bárbaros de tan horrenda traicion. D. Pedro Aranda, aunque viejo, era muy alegre. Los disimulados Herrera y Salcedo le dieron un baile la noche del 20 de Marzo para obsequiarlo, porque decian estarle muy agradecidos por el buen trato que les daba. En este baile estalló la contrarrevolucion, y allí fué preso D. Pedro Aranda y engrillado, tal vez con grillos de los que á los atraidores habia mandado quitar. Inmediatamente salió D. Ignacio Elizondo con quinientos hombres á situarse en Bajan. Elizondo conocia perfectamente el terreno, y los jefes independientes no desconfiaban de él por creerlo de su partido.

Por fortuna mia la tremenda historia del desgraciado suceso de Bajan es bien conocida, y me creo dispensado de referirla. Solo añadiré que el benigno Jimenez, el bien intencionado Santa María, el sagaz Ramon, el activo Carrasco, el benévolo Aranda y el valiente Camargo, juntos con los demas héroes, pagaron con la vida, en Chihuahua, su amor á la independencia, bajo la mano de hierro del sanguinario comandante de las provincias internas de Oriente y Occidente, D. Nemesio

Salcedo. Este caribe, para premiar la traicion, dió á Elizondo y al capitan Colorado los despachos de tenientes coroneles y á Monclova el título de ciudad, prometiendo recabar del virey la confirmacion de estas gracias.

El desastrado suceso de Bajan pradujo en los buenos patriotas de estas provincias un desaliento tal, que el espíritu público paralizado con tan rudo golpe cayó en un abatimiento profundo, del que parecia ya incapaz de salir. El partido realista, que entonces era numeroso, aprovechando aquel momento de estupor, restableció el gobierno colonial, si bien con menos rapidez de la que experimentó al caer. En Monterey se nombró una junta gobernadora compuesta de siete individuos. Los pérfidos Herrera y Salcedo volvieron á ocupar sus destinos en Tejas. Rayon se retiró con su ejército al interior, derrotando de paso á Ochoa en el puerto de Piñones. Los caudales que remitió el tesorero Sada con direccion á Monclova, iban escoltados por mas de cien hombres, los que fueron sorprendidos por los vecinos de la Villa de Boca de Leones, reducidos á prision; y los caudales vueltos á entregar á la clavería de la catedral, en cantidad de treinta y dos mil pesos, dice Bustamante.

Dos años estuvo como muerto el espíritu de independenciam, hasta que vino á vivificarlo un poco el impertérito D. Bernardo Gu-

tierrez, en la primavera del año de 1813. Sin conseguir nada del gobierno de los Estados- Unidos, se volvió este buen patriota á Nueva-Orleans, armó á sus expensas unos cuatrocientos americanos, y con ellos se vino á Tejas por tierra, sorprendió la bahía del Espíritu Santo, fuerte bien provisto de municiones de boca y guerra y mal guarnecido, y allí se hizo fuerte en términos que habiéndolos sitiado con 2,000 hombres Herrera y Salcedo, ó como allí los llamaban, los gobernadores, resistió veintiocho ataques que le dieron, en los que perdieron cosa de quinientos hombres, sin que Gutierrez perdiera gran cosa, porque sus americanos peleaban atrincherados y eran tan buenos tiradores que no erraban tiro. Cansados los gobernadores, levantaron el sitio despues de muchos meses y se retiraban á Béjar. Salió Gutierrez de la Bahía, los alcanzó en el Rosillo, los derrotó, los persiguió hasta Béjar donde volvió á derrotarlos, tomándolos prisioneros, juntos con doce oficiales y tres sargentos. El traidor Elizondo estaba en Rio-Grande con mil hombres, salió á marchas dobles á reconquistar á Béjar. Salió Gutierrez á encontrarlo, y lo derrotó en el Alazan tan completamente, que huyó hácia Laredo con solo sesenta hombres. Estos triunfos de Gutierrez levantaron algo el espíritu de insurreccion en estas provincias: se organizaron algunas guerrillas, como fueron la de D. Jo-

sé María Cavazos, conocido por el Cantareño, la de D. José Herrera y la de un tal Garibay. Además había dos tribus de indios, los ayaguas y los garzas, que habitaban cerca de Vallecillo. Estos pobres indios se declararon por el partido de la independencia, cuando vino Jimenez, después no queriendo reconocer al restablecido gobierno colonial, se dirigían al interior en busca de alguna partida de independientes con que reunirse; pero se volvieron de las inmediaciones de Monte Morelos, y se hicieron fuertes en un paraje inaccesible llamado la Chorrera, en la sierra de Picachos. De allí salieron á unirse con las referidas guerrillas. El guerrillero José Herrera atacó á Monterey la noche del 3 de Julio de 1813; pero fué rechazado, y se retiró á Pesquería Grande. De allí se dirigió á Vallecillo, y en el camino, junto á Salinas, fué derrotado por el teniente D. Timoteo Montañez. Perseguían á estas guerrillas el coronel Melgares, de Durango, y D. Felipe de la Garza, de Tamaulipas. Los obligaron á reunirse en el Refugio, hoy Matamoros, donde fueron destruidas por las tropas de la Colonia, como se le llamaba entonces á Tamaulipas. En estas peripecias se extinguieron completamente las dos tribus de los ayaguas y los garzas, sin que de ellas quedara ni un solo individuo.

Mientras pasaban estas cosas, el general Arredondo se dirigía por Tamaulipas á Tejas.

En Agualeguas recibió el nombramiento de comandante general de las cuatro provincias internas de Oriente, y de allí mandó de comandante militar de Monterey á D. Ramon Perea, hombre cruel y sanguinario, y siguió su marcha hácia á Béjar. En Cañaverde se le reunió el derrotado traidor Elizondo con sus sesenta hombres á pié.

Llegó á Monterey el bárbaro Perea pocos días después de la derrota de Herrera en Salinas. Hacía prender á cuantos le parecían sospechosos de ser insurgentes, y antes de meterlos á la cárcel les hacía dar 40 azotes ligados á la picota. En los primeros días de su gobierno en Monterey hizo fusilar multitud de infelices, y llenó los caminos inmediatos de cadáveres suspendidos de los árboles. Si se le decía que los que iban al suplicio eran inocentes, contestaba: "*Mejor, irán derechos al cielo.*" Por fin, el 24 de Agosto hizo salir una cuerda de ciento tres reos de infidencia, como él decía, destinados á presidio de ultramar; y por falta de cadenas los hizo encoradar, de modo que formaran una sola pieza, con tiras frescas de piel de buey. Pero dejemos á este Neron y volvamos á Tejas á continuar la relación de los hechos de D. Bernardo Gutierrez.

Luego que este valiente y buen patriota tomó á Béjar, nombró una junta gobernadora y á ella consignó los reos de Estado para

que los juzgara. Cuando volvió de la batalla del Alazan supo que Arredondo se aproximaba y se disponia á salir á batirlo. En esto un tal D. José Alvarez de Toledo le sublevó la tropa, con pretexto de que no fusilaba los prisioneros, porque deseaba pasarse al partido realista. En este motin militar fué depuesto Gutierrez, que se retiró á Nueva-Orleans, fueron degollados los gobernadores y demas prisioneros; y fué proclamado Alvarez de Toledo general en jefe. Salió este con toda su tropa, y á seis leguas se encontró en el rio de Medina con las fuerzas de Arredondo. La accion fué reñidísima, solo duró cuatro horas, y Alvarez de Toledo fué completamente derrotado. Todos los prisioneros que hizo Arredondo los mandó pasar por las armas, con excepcion de uno solo, que fué D. José Phillips, persona bien conocida en esta ciudad como un buen ciudadano y que murió hace pocos años. Arredondo entró á Béjar; pero antes destacó al traidor Elizondo con 400 caballos en persecucion de los que huyeron. En este alcance Elizondo se portó como quien era, los persiguió hasta el rio Trinidad y en el camino á cuantos alcanzó hizo fusilar, llegando el número de los fusilados á 74. D. Miguel Serrano, teniente de la compañía volante de Laredo, se volvió loco de ver tanta carnicería, y dió en la idea de que Elizondo queria fusilarlo á él tambien. Con esta manía se

enfureció tanto una noche que estaban acampados en el rio de los Brazos cuando ya venian de vuelta, que mató al capitán D. Isidro de la Garza y dejó muy mal herido á Elizondo. El loco fué atado y remitido despues á San Hipólito, y Elizondo puesto en una camilla era conducido para Béjar; mas en la orilla del rio de San Márcos murió y fué sepultado sin ceremonia alguna. Tal fué el desastrado fin del alevoso y execrable traidor Elizondo. ¡Que su eterna infamia sirva de escarmiento á sus imitadores, y retraiga á los que piensen imitarlo!

En Julio de 1814 vino á Monterey D. Joaquin de Arredondo á establecer su comandancia y su cuartel general, despues de haber pacificado completamente á Tejas. Siete años sufrieron las provincias internas el durísimo gobierno de este caprichudo y voluntarioso comandante general que no hacia caso ni de las órdenes del virey ni de los despachos de la corte. En su tiempo se verificó la célebre expedicion del general D. Francisco Javier Mina. Supo Arredondo á principios de Abril de 1817, que Mina habia desembarcado en Soto la Marina, y como este punto era de su comandancia, reunió todas las fuerzas que pudo y se dirigió allá. Mina se habia internado hácia San Luis Potosí y habia dejado en el fuerte de la Marina á Sardá con una fuerza que no llegaba á cien hombres. Arredondo

sitió y atacó varias veces el fuerte con mas de mil soldados, y al cabo de muchos dias Sardá se rindió por capitulacion. En esta vez cayó prisionero el distinguido nuevoleonés Dr. D. Servando Teresa de Mier, que habia venido en compañía de Mina, y fué remitido á México con un par de grillos en los piés, en un macho aparejado, por el camino de la Huasteca. En este penoso viaje se rompió un brazo, y llegado á México fué puesto en las cárceles de la inquisicion. Arredondo se volvió á Monterey, donde fué recibido en triunfo.

Muerto parecia el espíritu de independecia despues de tan repetidos golpes. El partido realista creia bien asegurada ya su dominacion, cuando un suceso de inmensa importancia vino á poner en claro que ni la dominacion estaba asegurada, ni muerto el espíritu público. El ínclito caudillo de Iguala proclamó la independecia, y toda la nacion se estremeció como por una conmocion eléctrica. En Marzo resonó en Monterey el grito de Iguala. El suspicaz Arredondo se alarmó hasta el extremo, comenzó á sospechar hasta de sus oficiales, hubo delaciones, encarcelamientos y sumarias: aumentó los preparativos de defensa: puso cañones en las puertas de su casa y dobló las guardias. Si estas cosas aterrizaron á la poblacion, no calmaron la inquietud del azorado comandante general. Mandó

que la real caja se trasladara á Monterey. El tesorero y el Ayuntamiento del Saltillo se opusieron. Arredondo, para hacerse obedecer, mandó á su cuñado D. Nicolás del Moral con una compañía de granaderos, dándole órden de traer la caja y preso al tesorero. Para sostener esta fuerza y para poner miedo á los saltilleros, que comenzaban á alborotarse, mandó salir todo el batallon Fijo de Veracruz con algunos cañones, al mando de D. Pedro Lemus. D. Nicolás del Moral se pronunció por la independecia con todo el Saltillo, y D. Pedro Lemus secundó el pronunciamiento en el paraje de los Muertos. Desconcertado, aturdido y sin saber qué hacer Arredondo, reunió en su casa, que era el número 12 de la plaza principal que hoy llamamos de Zaragoza, una gran junta compuesta de la diputacion provincial, el cabildo eclesiástico, el ayuntamiento, todos los empleados y todos los notables, para que se resolviera qué debia hacerse en tanto aprieto. Esta gran junta en solemne sesion de la noche del 2 de Julio acordó que se jurara la independecia conforme al plan de Iguala. Amaneció el dia 3 de Julio de 1821, dia de eterna memoria, é improvisados los preparativos necesarios se juró con toda solemnidad la independecia de la nacion Mexicana, y se mandaron órdenes muy terminantes para que lo mismo se hiciera en todos los pueblos de las cuatros provin-

cias. Aquí se ve claramente que Monterey fué independiente 87 dias antes que la soberbia México. Arredondo, obligado por la necesidad, juró tambien la independenciam el dia 3; pero acaso no tuvo intencion de cumplir su juramento, porque á poco tiempo se fué de aquí con el pretexto de ir á presentarse al héroe de Iguala, y de San Luis salió furtivamente llegó á Tampico y sin perder momento, se embarcó para la Habana, en donde murió algunos años despues.

No me detendré en hacer comentarios de estos acontecimientos ni en predicar la moral que de ellos se desprende. La simple relacion de los hechos desnuda y sin adornos, habla mas alto de lo que yo pudiera hacerlo. Mi intencion ha sido únicamente, vuelvo á decirlo, dar á mis conciudadanos una ligera idea de la parte que Nuevo-Leon tocó en los importantes sucesos de la guerra de independencia. Si por fortuna mia logro el objeto que me propuse, ó si en alguna vez llegan estos apuntes á ser útiles á alguno, entónces daré por bien empleada mi tarea.

Monterey, Setiembre 14 de 1870.

DISCURSO.

Que el C. Dr. J. Eleuterio Gonzalez pronunció, en la solemne distribucion de premios que hizo el R. Ayuntamiento de Monterey entre los alumnos mas aprovechados de sus escuelas, la tarde del dia 29 de Agosto del año 1880.

Quod enim munus reipublicae
majus inclasve offerre possumus,
quam si docemus atque erudimus
juventutem?
CICER. DE DIVINAT, LIB. 11. N. 2.

La instruccion pública es, sin duda alguna, la primera y la mas urgente necesidad de un pueblo libre: si una nacion quiere ser gobernada por un rey, ó por pocos ciudadanos, renuncia el uso de su libertad, abandonando su poder y sus derechos en manos de sus gobernantes; y en tal estado, al pueblo le basta resignarse á obedecer las órdenes de sus mandarines, ó mas bien de sus Señores, y poco ó